



GATTI, ATTILIO: - Bapuka. Zus. 6 Bde. Zürich, Orell Füssli, 1949, 32 Foto en 10 Tafeln / 152 S., El libro se resume y explica a continuación,

Gracias al editor Orell Füssli que nos ha permitido publicar la imagen del libro.

Contenido

1.	<i>Prólogo</i>	3
2.	<i>Bapuka, la diosa del amor</i>	5
	El viaje con el Kigoma	5
	“Parle, sale cochon	5
	“¡Capitán! ¡Hombre al agua!”	6
	Gatti salva a Skaimunga	7
	Todas las bendiciones de Bapuka	8
	Bapuka ayuda al hombre justo	9
	Una nueva ruta	10
	Hasta Semusha, ¡no más!	12
	Un viaje terrible	13
	Un sueño conmovedor	14
	Antiguas pinturas rupestres	15
	Habla Bapuka	16
	No sé dónde, Musungu.	17
	El humo sale de muchas cabañas	18
	Bapuka también me envió sueños	19
	Un montón de hojas secas de color verde claro	20
	Todavía hay palabras que decir.	20
	¿Y después?	22
3.	<i>Epílogo</i>	22

1. Prólogo

Attilio Gatti (1896-1969) fue un explorador, autor y documentalista de origen italiano que viajó mucho por África en la primera mitad del siglo XX. Fue miembro de la Real Sociedad Italiana de Geografía y Antropología, y uno de los últimos grandes exploradores de este continente. Dirigió trece expediciones a África, de 1922 a 1948.



<https://www.youtube.com/watch?v=bvPff7Zg9Lc>

En YouTube se pueden ver algunas de las películas que hizo en sus viajes. En los años cincuenta, cuando la pequeña pantalla era todavía una rareza en las salas de estar, sus películas sobre las tribus y la rica flora y fauna de este continente todavía podían contar con mucho interés.

La esposa de Gatti, Ellen, le acompañó en su octava expedición. La décima expedición (1938-1940) le llevó a través del Congo Belga, y la undécima (1947-1948) a los montes Rwenzori, en la frontera con Uganda. Debió de ser un espectáculo impresionante para la mayoría de los nativos, que nunca habían visto un coche, cuando de repente una caravana, formada por unos cuantos turismos, grandes caravanas y camiones, llegó a su pueblo y acampó en un claro.

El comandante Gatti fue uno de los primeros europeos en ver al entonces legendario okapi y también al casi desconocido bongo, un antílope marrón de cuernos de lira con rayas blancas, y en capturar algunos para donarlos a un zoológico. Los africanos le conocían como “Bwana Makubwa”, “gran jefe”, y conocía muy bien a las tribus pigmeas, watussi y masai del Congo.

En sus viajes, conoció a Twadekili, una chamán clarividente y con dotes mágicas, que compartía su cabaña y su vida con su pareja... una pitón gigante. Así como las energías vegetales pueden curar algunas enfermedades, también, y con mayor razón, las energías animales, siempre que se sepa controlarlas.

El más bien escéptico Gatti fue testigo en repetidas ocasiones de rituales mágicos, que hoy en día apenas creemos posibles, y que él registró fielmente con el ojo y la pluma de un observador escéptico, pero entrenado. Son -todavía- raros y valiosos testimonios de culturas perdidas, pero tan ricas, que habían desafiado los siglos hasta entonces.

Gatti escribió muchos artículos y libros sobre los pueblos indígenas al sur del ecuador; a menudo conocía su lengua y tenía muy buenos contactos con los jefes y magos locales, entre otros. Filmó la vida africana y la registró en varias películas y en más de 53.000 fotografías. Sus testimonios contienen un valioso material científico y antropológico sobre muchas culturas en su entorno original, aún virgen. Son culturas que,

tras el contacto con la civilización europea occidental y norteamericana, han desaparecido casi por completo.

Hemos traducido del alemán su fascinante libro titulado “Bapuka”, lo hemos abreviado y lo hemos vuelto a contar con nuestras propias palabras, añadiendo breves explicaciones aquí y allá. Gatti, que estaba en Estados Unidos en ese momento, lo escribió en inglés. Es notable que nunca se haya publicado en ese idioma. Posiblemente estas experiencias y descripciones sean “demasiado paranormales” y demasiado sospechosas para el ciudadano estadounidense “ilustrado”.

1. Bapuka, la diosa del amor.

El viaje con el Kigoma

En noviembre de 1928, el coronel Attilio Gatti y sus compañeros de viaje se encontraban a bordo del “Kigoma”, un viejo barco de vapor que en su día había navegado por el Misisipi. En 1907, una empresa belga lo compró de segunda mano, lo desguazó y lo envió al otro lado del Atlántico, a Matadi, en el Congo belga. Estas piezas se transportaron por las montañas de cristal y se volvieron a ensamblar en los astilleros de Leopoldville. El Kigoma se convirtió así en el orgulloso buque insignia de la flota congoleña y proporcionó varias conexiones en el río Congo.



El barco tenía cuatro cubiertas. La cubierta más baja estaba reservada a los pasajeros que viajaban en 3ª clase, en la cubierta inmediatamente superior, los pasajeros que viajaban en 2ª clase tenían algo más de comodidad, y la cubierta superior estaba reservada exclusivamente a los pasajeros de primera clase. La cuarta cubierta era mucho más corta y se construía en el buque de proa. Allí vivía el capitán belga, un Fleming de hombros anchos, con su esposa nativa. Desde allí seguía el rumbo del barco en sus numerosas cartas de navegación, se peleaba con una serie interminable de documentos oficiales y también observaba si su timonel nativo hacía bien su trabajo.

Todavía era temprano en la tarde. El sol tropical quemaba sin piedad. Gatti estaba en la cubierta de primera clase, preguntándose si no sería mejor que se echara la siesta habitual en su camarote, en lugar de pasearse por aquí con su cámara, con la esperanza de conseguir algunas buenas fotos de los numerosos cocodrilos e hipopótamos que se deslizan por los bancos de arena hasta el agua.

“Parle, sale cochon!”

De repente, le llamó la atención un tumulto procedente de la cubierta más baja, la de los viajeros de tercera clase. Había demasiados en un espacio demasiado pequeño. Un pequeño y viejo hombre blanco parecía estar especialmente enfadado con uno de sus dos hijos. Gatti recordó que el día anterior, este hombre había navegado desde un afluente del Kigoma en un bote de remos con mucho equipaje, incluidas las cajas de madera que ahora se apilaban en la popa.

Este pequeño rugiente parecía haber perdido todo el autocontrol. Se le oía maldecir y despotricar. ¿Qué ha pasado? Varias de estas cajas habían sido volcadas por el balanceo del barco, las tapas de algunas de ellas se habían desprendido y, para diversión general de los pasajeros, varias botellas de cerveza rodaban de un lado a otro del barco, mientras sus muchachos intentaban evitar que cayeran al agua. Sin embargo, el hombre no entendió. Hervía de rabia y regañó a sus dos hijos: “Como se os caiga una sola botella al agua, os rompo los huesos.

Añadiendo fuerza a sus palabras, sacó un látigo. Se oyó un chasquido en la espalda desnuda de uno de los chicos, seguido de un suave pero repulsivo gemido. Los azotes continuaron sin piedad durante un tiempo. Luego, ronco de rabia, exclamó: “Parle, sale cochon!”

Todos los viajeros quedaron profundamente sorprendidos. El tumulto también había atraído la atención del capitán. Apareció de repente en la cubierta inferior, agarró al anciano por el cuello y lo amenazó, diciéndole que se comportara y que fuera a su camarote inmediatamente y se quedara allí hasta que le dieran permiso para salir. Sin embargo, esto no fue del agrado de este viejo francés. “Parle, sale cochon!” llamó de nuevo a uno de sus muchachos. Y de nuevo el látigo restalló en la espalda desnuda del chico, de nuevo sonó un suave gemido. Esta vez había sido demasiado para el pobre chico.

“¡Capitán! ¡Hombre al agua!”

Completamente desnudo y cubierto de sudor y sangre, corrió hasta el borde de la barca y saltó al río, que estaba plagado de cocodrilos. Gatti, que aún sostenía su cámara, pulsó por reflejo el obturador de su cámara y gritó lo más fuerte que pudo: “¡Capitán! Hombre al agua” y corrió a su camarote, del que reapareció unos segundos después, con el fusil preparado para disparar.



Vio al pobre niño negro luchando desesperadamente contra la corriente, pero también vio a dos cocodrilos que ya nadaban hacia el niño. Sin dudar, Gatti disparó dos veces a uno, recargó rápidamente su arma y mató al otro. Volvió a llamar al capitán: “Detengan el Kigoma, la corriente es demasiado fuerte para el chico”. El barco se detuvo. De repente, un nativo de la cubierta inferior dio una orden y algunos nativos se lanzaron al agua sin dudar y nadaron hasta el lugar donde se había visto por última vez la cabeza calva del chico. Justo a tiempo, lo agarraron y poco después el cuerpo medio inconsciente, sangrando por el pecho y la espalda, fue izado a bordo.

Un poco más lejos en el agua, se produjo una lucha feroz. Privados de su presa humana, otros cocodrilos comenzaron a devorar a sus dos homólogos asesinados con violentos movimientos de sacudida y giro

Gatti rescata a Skaimunga

El chico negro se recuperó un poco de su salto desesperado al agua. Cuando vio a Gatti después, le saludó respetuosamente. Dijo que se llamaba Skaimunga, un nombre bastante inusual para alguien que viaja por el Congo. Su agradecimiento a Gatti fue especialmente grande. Sí, dijo que su vida pertenecía ahora a su salvador blanco y que podía disponer de ella como quisiera, añadió Skaimunga. Incluso dijo que le gustaría mucho trabajar para el hombre blanco, desde el momento en que su deuda con su actual jefe, el francés, quedara completamente saldada.

Gatti preguntó a Skaimunga cómo era posible que tuviera una deuda con su patrón, ya que era él quien trabajaba para el anciano y, por tanto, tenía que ganarse un sueldo. Skaimunga no respondió a esta pregunta. Llevaba años trabajando para el francés y, según decía, nunca había recibido un salario real, dinero de verdad, sino sólo algunas baratijas sin valor, de vez en cuando un poco de tabaco, ahora una manta, luego una camisa barata o unos pantalones cortos viejos. Además, el hombre amenazó con entregar a Skaimunga a la policía si lo dejaba antes de pagar todas sus deudas. En resumen, pronto quedó claro para todos que el francés utilizaba y maltrataba a ambos chicos como esclavos.

Gatti quedó especialmente fascinado por las respuestas sinceras de este joven. ¿Quién era ese Skaimunga? ¿De dónde viene? ¿Por qué tenía un aspecto tan diferente con la cabeza rapada al de cualquier otro habitante conocido del Congo Belga? ¿Y cuál era el significado de esos extraños y raros tatuajes en su cuerpo? ¿Cómo es que un muchacho tan recto terminó como esclavo con un jefe tan brutal? Cuando Gatti le pedía explicaciones al chico, éste siempre respondía: “¡No lo sé! ¡No lo sé! Gatti creía que tenía unos 25 años. El propio Skaimunga no lo sabía, ni sabía dónde había nacido, ni quiénes eran sus padres, ni a qué tribu pertenecía. Tampoco sabía quién había puesto esos tatuajes en su cuerpo ni qué significaban. No sabía cuándo y cómo llegó a ser empleado por su tan brutal maestro....

Tampoco entendía por qué su amo, que se emborrachaba con regularidad, le gritaba: “¡Parle, sale cochon! ¿Qué quería averiguar de él? ¿Y por qué el hombre lo golpeó tan cruelmente? “Dime dónde puedo encontrar el oro, la plata y los diamantes de tu tribu. ¡Habla, cerdo asqueroso!” rugió el francés. Y ante esto golpeó a Skaimunga con el látigo. Pero, ¿qué podía responder el joven negro? Marfil, eso lo sabía, pero ¿oro, plata, diamantes, esmeraldas? ¿Qué fue eso? Convencido de que Skaimunga pertenecía a una u otra tribu rica, pero que se negaba deliberadamente a decirlo, y temiendo que los demás buscadores sospecharan también, el francés se había afeitado quizá la cabeza por ese motivo. Después de todo, la forma distintiva en que este chico llevaba el pelo podría delatar a los demás en cuanto a su pertenencia. “Pero”, preguntó Gatti a Skaimunga, “¿no puedes decirme al menos dónde está la tierra de tu padre? ¿Y cómo lo dejaste?”

Ante la insistencia de Gatti para que contara algo sobre el hogar de su tribu, Skaimunga se limitó a responder: “Ahí es donde nací”, señalando el suroeste, “Muy, muy lejos de aquí”. Todo lo que recuerdo vagamente es el lamento de muchas mujeres, hombres furiosos con largas ropas blancas que habían llegado a nuestro pueblo, el traqueteo de las cadenas, el sabor de las lágrimas amargas. Mataron a mi madre cuando

yo era muy pequeño. Todavía recuerdo su cuerpo frío y rígido. La mano áspera que me arrancó de sus brazos y me golpeó hasta dejarme inconsciente. Juro que esto es la verdad, lo juro por el santo nombre de Bapuka”.

“Bapuka”. La extraña palabra había sido descartada. Ese nombre no significaba nada para Gatti, absolutamente nada. Pero cada vez se sentía más fascinado por este chico tan peculiar.

Todas las bendiciones de Bapuka

Cuando el capitán estaba pensando en entregar todo el caso a la policía de Leopoldville, Gatti le preguntó, en una repentina inspiración, si podía tomar a Skaimunga bajo su tutela. El capitán pensó un momento y respondió que el chico tendría que querer hacerlo, y entonces Gatti tendría que llegar a un acuerdo con el francés. Skaimunga no podía creer lo que escuchaba. Por supuesto que no quería nada más que eso. Por supuesto que quería trabajar para su salvador. Y en cuanto a la deuda con su empleador, era como mucho un solo dólar. Gatti no dudó ni un momento y puso ese dinero en manos del francés. Como si el francés no entendiera lo que estaba pasando, rompió la nota, la tiró al suelo y escupió sobre ella, sin decir una palabra más. Gatti prometió a Skaimunga que compraría mantas y ropa decente a la primera oportunidad y ordenó al cocinero del barco que preparara una buena comida para su protegido. Finalmente le aconsejó al chico que se olvidara del hombre malo y de todo lo que había hecho y que descansara bien. “Descansaré y olvidaré”, aceptó Skaimunga. “Entonces volveré a ser fuerte y trabajaré con gusto para ti. Porque no sólo eres mi buen maestro. Pero con lo que has hecho, también has sido como un padre para mí, y que todas las bendiciones de Bapuka te acompañen”.

“Bapuka”, repitió Gatti para sí mismo. “Bapuka” Era la segunda vez que Skaimunga dejaba escapar ese nombre. Tal vez se trataba de un espíritu o algún tipo de dios del bosque, pensó. La sirena del Kigoma ha rugido tres veces. La nave comenzó a moverse de nuevo.

Dos días después, el Kigoma atracó en Leopoldville. Fue una época de mucho trabajo para Gatti y sus ayudantes. Había que descargar todo el material, organizar las gestiones con las autoridades y buscar a sus veinte ayudantes, que le habían acompañado en sus anteriores viajes y que esperaba volver a reclutar. Después de unos días más agitados, había distribuido sus ropas y mantas a cada uno de sus ayudantes y muchachos y les había explicado cuál sería su tarea a lo largo de la expedición hasta las ciudades de Chitadi, Kanda, Bukama, Elizabethville y, finalmente, hasta la frontera de Rodesia.

Las autoridades habían dicho a Gatti que el camino era algo difícil, pero pronto se vio que algunas partes de ese camino simplemente no existían, y tuvieron que guiar su caravana entre montañas escarpadas, a través de arroyos -simplemente no había puentes-, a través de la selva virgen y de zonas traicioneras de arena, roca y barro. Las suspensiones de los numerosos vehículos muy cargados sufrieron mucho, se rompieron y tuvieron que ser sustituidas, los coches se atascaron y tuvieron que ser sacados. Los camiones se hundieron en el barro y tuvieron que ser descargados por completo antes de poder empujarlos de nuevo a terreno seguro. “Cuando por fin llegamos a Sakania, la frontera entre la provincia más meridional del Congo Belga y la más septentrional de Rodesia del Norte” (nota: la actual Zambia), Gatti relató: “Era una ruina terriblemente

cansada. Sus cuatro compañeros y los africanos no estaban mejor. Por eso decidió acampar cerca de la ciudad de Ndola, en cuanto se despachó en aduana todo nuestro equipo. Cuando llegaron allí, se quedaron unos diez días para descansar un poco antes de comenzar su nuevo safari.

Y allí tuvo tiempo de pensar de nuevo en Skaimunga. El encargo que le había hecho Gatti, nada más salir de Leopoldville, era proporcionar a todo el campamento suficiente carne fresca. Para alguien tan familiarizado con la naturaleza, esta parecía una tarea mejor que poner a Skaimunga a trabajar en alguna tienda. Y había demostrado que era muy concienzudo, completamente fiable y más que capaz de cumplir su tarea. No sólo se las arregló para proporcionar a todo el campamento suficiente carne, un antílope, unas cuantas gacelas o un jabalí gordo, y esto en lugares donde una persona normal piensa que no encontrará ninguna caza, sino que también encontró tiempo para ayudar a construir puentes, empujar coches atascados y descargar o cargar camiones.

Bapuka ayuda al hombre justo

Un día, cuando Gatti acababa de despertarse de su siesta, Skaimunga se presentó de repente ante él con tres hermosas gallinas de Guinea en cada mano. “Son especialmente para mi padre y sus amigos blancos”, dijo. Parecía agotado y estaba cubierto de barro, sudor y arañazos. Pero sus ojos brillaban como los de un perro fiel que acaba de conseguir algo de lo que su amo está orgulloso. Gatti calculó que había recorrido una distancia más larga para conseguir esas pintadas que la que podría recorrer todo el convoy en un día completo, porque en la región en la que se encontraban apenas había caza. Sin quererlo, Skaimunga causó una impresión especial en Gatti. Apenas tenía ropa, era primitivo, pobre y aparentemente estaba muy solo en el mundo, mag expresó repetidamente un inusual, sincero y profundo aprecio por su nuevo empleador. “Nada que pueda hacer por mi padre es demasiado”, respondió con su habitual modestia, “y Bapuka siempre ayuda al hombre justo que tiene fe en ella”. Ahí estaba de nuevo ese nombre tan misterioso, ahora por tercera vez.

Gatti pensó un momento, la expresión “el hombre justo” le sonaba algo familiar. Y entonces, como por una repentina inspiración, dijo: “Skaimunga, la tribu de los Baila y los Mashukolumbwe, cerca del lugar donde el Kafue desemboca en el río Zambeze, son los únicos que se llaman a sí mismos “los hombres justos”. Adoran a una diosa que llaman Bapugha. ¿Será que tu Bapuka es el mismo? ¿Quizás entonces también eres un Baila o un Mashukolumbwe?” Quizá dentro de unos días estemos en Kafue y por fin llegues a donde realmente debes estar y podamos dejarte allí.

Pero eso no era del todo del agrado de Skaimunga. Se quedó mirando en silencio durante algún tiempo, como si estuviera explorando su ser más íntimo. Luego dijo lenta y mesuradamente: “No, Musungu, no conozco a los Bbaila, ni a los Mashukolumbwe. Y la diosa que me habla no es la Bapugha ni la Baila. Su nombre es Bapuka. Lo sé con certeza. Mi madre hablaba a menudo de ella cuando yo era pequeño. Señalaba el sol poniente y decía con firmeza, pero con cierta nostalgia: “Allí, a lo lejos, es donde nací”.

Gatti tenía muchas ganas de ayudarlo, pero no sabía cómo. Luego preguntó: “¿Quizás te gustaría ir solo a buscar el lugar donde naciste? Si realmente quieres, te daré comida y dinero, junto con una carta a todos los Musungus blancos que encontrarás en tu camino, pidiéndoles que te ayuden. “No, Musungu”, contestó Skaimunga en tono

seguro. “Bapuka quería que tu camino se cruzara con el mío. Me dijo que debíamos recorrer un largo camino juntos. Sólo cuando ella diga que nuestros caminos deben separarse de nuevo, sólo entonces debemos dejarnos”. “Entonces, ¿cómo te habla?”, insistió Gatti. “En mis sueños”, respondió con cierta reticencia, como si sospechara cierta incredulidad por parte de Gatti. Esperó un rato y luego continuó con cierta vacilación: “Es difícil hablar de esas cosas con los Musungus blancos”.

Cuando Gatti volvió a reunirse con su personal un poco más tarde, volvió a sacar el tema. “Skaimunga siempre apunta al sur”, dijo, “pero en el mapa sólo hay una gran mancha blanca. Es una zona desconocida. Los nativos dicen que no hay nada allí. Sólo hay pantanos peligrosos e impenetrables que ciertamente se extienden hasta la frontera portuguesa-angoleña, y quizás más allá. Todos los que se aventuraron allí tuvieron que regresar, y de algunos otros no se volvió a saber nada. Nadie sabe lo que les pasó”.

Una nueva ruta de viaje

Todo el tema seguía atormentando a Gatti. Pensó en ello, se desveló y discutió el asunto con su personal una y otra vez. Al final, decidieron enviar toda la caravana, en contra de sus planes anteriores, en dirección al sur, a través de un territorio desconocido, y luego a través del Transvaal y Suazilandia para llegar finalmente a Natal. No es una decisión fácil: cómo atravesar una región pantanosa sin carreteras, con una caravana muy cargada y furgonetas de acampada, y luego continuar el viaje a través de las inhóspitas mesetas de Kawandi y Mankoya de Barotseland, hasta las tierras bajas del río Zambesi. Allí querían llegar a la ciudad de Lealui. Era la residencia oficial de Yeta III, entonces rey de los Barotse. Gatti lo había conocido en un viaje anterior. Y Gatti pensó que era el único hombre que podría ayudarles en su nuevo viaje de descubrimiento.

También esperaba que Skaimunga estuviera muy contento con el cambio de ruta. Pero no parecía ser el caso en absoluto. Incluso parecía que Skaimunga intentaba evitar a Gatti. Tal vez temía que le hicieran demasiadas preguntas difíciles, igual que no había entendido las odiosas preguntas del pequeño francés sobre esmeraldas y diamantes. Gatti decidió dejar a Skaimunga solo por un tiempo. Este chico hizo su trabajo muy bien, por cierto. En cuanto la caravana se detuvo, se le vio salir con su lanza, arco y flechas en la mano. Y no mucho más tarde regresó, cargado de caza para todo el campamento.

El viaje continuó hacia Laelui, la capital nativa de Barotselandia. No fue fácil. El terreno bajo y más o menos plano del valle de Barotsse estaba casi completamente inundado. Se convirtió en una laboriosa búsqueda para guiar los camiones a lo largo e incluso a través de los numerosos charcos profundos. A menudo, un camión se quedaba atascado, por lo que otro camión tenía que sacarlo a flote de nuevo, si no se metía él mismo en problemas. Durante el primer día en la llanura inundada, la caravana había recorrido una distancia de sólo 22 km en 14 horas. El segundo día, sólo hicieron unos lamentables 9,5 km. Finalmente, consiguieron llegar al pueblo de Lealui. Allí fueron recibidos por el rey Yeta y algunos de sus cortesanos y hechiceros. Cientos de guerreros salieron de sus chozas y se reunieron alrededor de los viajeros, levantando sus lanzas en alto para darles la bienvenida.

Imagínese, una serie de “cabañas para caminar”, una caravana de automóviles en 1928, que aparece de repente en estos lugares desolados frente a un pueblo que apenas conocía la existencia de un automóvil. Debe haber sido muy impresionante.



Sin embargo, la alegre bienvenida se convirtió rápidamente en sorpresa e incluso en un silencio cargado cuando Gatti les pidió ayuda para navegar por el río Zambeze con sus canoas y remeros. Gatti quería llegar a la confluencia de los ríos Zambesi y Lungwebumgu y luego remontar el Lutembwe a través de los numerosos y peligrosos pantanos.

Intentó aligerar el ambiente haciendo algunos regalos al rey y a sus mayores, dejando claro que el rey los recibía de forma totalmente desinteresada y que no tenía que dar nada a cambio.

Yeta respondió con una gratitud contenida. Entonces dijo que su tribu quería honrar a todos sus visitantes con un gran baile esa misma noche, en cuanto dejara de llover. Inmediatamente después, también dio órdenes a algunos de sus ayudantes en un idioma extranjero, con lo que se alejaron de inmediato. Gatti se preguntó qué quería decir eso. Un poco más tarde, dio a su personal las instrucciones necesarias para aparcar correctamente los vehículos, montar el campamento y montar las tiendas. Casualmente, vio dos grandes embarcaciones -le parecieron barcos estatales- que salían al pie de la colina a toda velocidad en dirección sureste. “¿Adónde van esas canoas?”, le preguntó al rey. “¿Y cuál es la prisa?” Sin embargo, Yeti no quiso responder a esto.

Esa noche, cuando dejó de llover, la tribu ejecutó la prometida danza de bienvenida y se produjo otro intercambio de elaboradas cortesías y regalos. Entre los regalos del rey había un par de jóvenes risueñas que querían servir, pero que fueron amablemente rechazadas por Gatti. También recibieron leña, leche, cabras y pollos, que fueron aceptados con agradecimiento. Cuando los festejos terminaron, Gatti aún no sabía por qué habían salido los dos barcos. Sin embargo, eso le quedó especialmente claro a última hora de la tarde, porque de repente oyó que alguien se acercaba por detrás y le decía en inglés y con voz culta británica: “Queremos que abandones tu viaje por los grandes pantanos”.

Ahora estaba claro para Gatti dónde había enviado Yeta las dos canoas con tanta prisa, a Mongu. Las canoas habían recorrido una distancia de siete millas a través de las

llanuras inundadas para ir a buscar al único hombre que podía convencerle de que abandonara sus planes de viaje: el comisario provincial de Barotselandia. “En los últimos dos años”, comenzó, “siete hombres blancos se han adentrado en los pantanos para buscar recursos minerales, cazar o hacer tratos comerciales con los nativos. Unas semanas más tarde, estaban de vuelta: enfermos. Uno a uno murieron de una fiebre desconocida para nosotros. Ninguno de nuestros médicos pudo curarlos. Otros también fueron en esa dirección, pero nunca volvieron y nadie volvió a saber de ellos. Por lo tanto, hemos decidido cerrar esta zona a los blancos.



Hasta Semusha, ¡no más!

Por supuesto, esto fue difícil de escuchar para Gatti y su equipo. ¿No eran él y su equipo exploradores? ¿No tenía el mejor equipo y los hombres blancos mejor entrenados? Había un médico en su grupo, ¿no? Y tener la oportunidad de dibujar un punto blanco en el mapa era un propósito importante del viaje. Gatti le sugirió que firmara una declaración en la que absolviera de antemano al comisario provincial de toda responsabilidad y al gobierno de toda culpa en caso de que le ocurriera algo a Gatti y a su equipo. El Comisario se quedó pensando un momento. Pensó que los argumentos de Gatti tenían cierto mérito, pero no quería que los mataran. Finalmente, dijo: “Si prometes no ir más allá de Semusha, te permitiré ir allí con los remeros que necesites. Entonces incluso te daré toda la ayuda que necesites”.

A Gatti, esa propuesta le pareció mejor que nada, por lo que aceptó la oferta. “Tienes nuestra palabra de que no iremos más allá de Semusha”, prometió. “No mientras mantengas esta posición”, añadió suavemente. Con esta última ocurrencia, quiso ocultar un poco su decepción. “Cumpliré su promesa”, respondió el Comisario, “pero sepa que estaré en este puesto varios años más. “Os enviaré a mis ayudantes esta noche”, concluyó, “con la misma canoa que ahora me lleva de vuelta a Mongu”.



Gatti pensó en lo que era posible, en quién iría con las canoas y quién se quedaría en el campamento. Estaba claro que el viaje no podía hacerse en coche. Los vehículos ya habían sufrido tanto en los últimos días en la difícil ruta que era necesario hacer muchas revisiones y reparaciones. Supuso que esto llevaría fácilmente dos semanas antes de que todo volviera a estar en orden. Además, se había recogido tanto material en el viaje que no querían correr el riesgo de dañar gran parte del material ya recogido debido a la elevada humedad que reinaba en las marismas. Entre otras cosas, estaban las numerosas películas que habían grabado la vida de muchas tribus, y los más de diez mil negativos que también debían sobrevivir al viaje sin sufrir daños.

Por otra parte, estimó que el viaje en canoa hasta Semusha podía durar hasta dos semanas. Así que eso funcionó bien. Gatti, Skaimunga y doce remeros designados por el rey Yeta irían en una canoa, el médico del campamento y alguien designado por el comisario irían en una segunda canoa con otros doce remeros. Por último, una tercera canoa, la mayor de las tres, estaba tripulada por catorce remeros y contenía el equipaje y los víveres. Y los demás miembros de la expedición podían ocuparse de revisar y reparar los carros. Se hicieron todos los preparativos necesarios, y el 1 de febrero las canoas partieron, para un viaje de 75 millas por el Zambezi y luego unas 50 millas por el Lutembwe, hacia Semusha.

Un viaje terrible

El 2 de febrero, Gatti escribió en su diario que no había visto más que agua en todo el día: el agua del río y el agua de la lluvia persistente. Estaban empapados hasta la médula y se vieron acosados por enjambres de mosquitos durante todo el día. Los días 3, 4, 5 y 6 de febrero también fue todo lo que se pudo registrar de su viaje. El 7 de febrero, el tiempo apenas cambió, pero Gatti añadió en su diario que todos sus músculos parecían acalambrados por estar sentado en la misma posición en la canoa. Además, un hipopótamo había nadado bajo la canoa en la que estaba el médico y había volcado la embarcación con todo y todos. El cansancio, el frío y las ropas empapadas hicieron que el médico enfermara gravemente. Gatti menciona que el hombre tenía más de 41 grados de fiebre. No pudo decir exactamente cuánto, porque eso era lo máximo que podía indicar el termómetro.

Esa tarde, a las 16 horas, llegaron a un pequeño asentamiento llamado Noyo, donde pudieron recuperar el aliento. El jefe de la aldea sabía de su llegada, aunque Gatti no entendía que lo supiera. No había oído ningún tam-tam en el camino que pudiera anunciar su marcha, y no había habido nativos en el camino. El jefe de la aldea les dio una cabaña bastante grande y alta para alojarse. También Gatti había sufrido la fatiga

del viaje. Su diario menciona el 10 de febrero que apenas recordaba lo que había sucedido tras su llegada a Noyo. También tenía fiebre alta y estaba delirando.

Resultó ser un tipo especial de fiebre del pantano. Había una regularidad en ello. Uno ha tenido tres días de fiebre insanamente alta, los tres días siguientes disminuye, pero uno se siente increíblemente cansado, luego hay tres días en los que uno se siente relativamente bien de nuevo, después de lo cual todo el ciclo comienza de nuevo, con el peligro de volverse un poco más débil cada vez. El único que realizó muchas tareas sin descanso y con gran dedicación fue Skaimunga. Resultó ser inmune a esta extraña fiebre.

Cuando Gatti y el médico se recuperaron un poco, Skaimunga le aseguró a Gatti que debían continuar hasta Semusha. Finalmente llegaron a ese lugar el 14 de febrero. No parecía más que una pequeña y patética aldea habitada por nativos poco amigables. Casi todos los viajeros estaban agotados y enfermos; tuvieron que luchar contra cocodrilos, hipopótamos, leopardos y serpientes. Además, la lluvia continua, durante días y días, hizo que todo el mundo estuviera especialmente deprimido. Por si todo esto fuera poco, veintidós de los treinta y ocho remeros tuvieron tanta fiebre que murieron. La mayoría estaba en una u otra fase de esta fiebre del pantano, mientras que otros apenas podían hacer nada por el cansancio. “Que nuestro viaje por el agua se completara en quince días, ahora podríamos olvidarlo por completo”, pensó Gatti.

“Esta tarde”, dice su diario el 5 de marzo, “el jefe de Semusha vino a decirme que los tam-tams lejanos le habían dicho que el comisario provincial estaba muy enfermo, y que todos estaban preocupados por nosotros y nos pedían que volviéramos inmediatamente. El jefe, por su parte, había dado a conocer nuestra situación y pidió que vinieran refuerzos a buscarnos. Enseguida le dijeron que una gran canoa había partido hace una semana, pero que los hipopótamos la habían volcado y todas las personas que iban a bordo habían sido devoradas por los cocodrilos y que ahora nadie se atrevía a ir a ayudarles. El jefe instó a Gatti a dejar a los remeros enfermos con él y a emprender el viaje de vuelta con una sola canoa. Sólo un hombre permaneció sano y activo todo el tiempo y, de forma totalmente inesperada y muy peculiar, empezó a desempeñar un papel vital en su existencia: Skaimunga. Pero aún no hemos llegado a ese punto.

Un sueño penetrante

Durante los seis días siguientes, Gatti estuvo demasiado enfermo para escribir una sola palabra en su diario. Los ciclos de la fiebre del pantano les habían agotado a él y al médico de tal manera que estaban casi constantemente en coma. Cuando Gatti se despertó el 13 de marzo, por fin se sentía mejor. También el médico parecía no tener fiebre. Pero había algo muy extraño en él. Con una mirada inusual, miró atentamente a Gatti y dijo: “He tenido un sueño. Vamos”.

“¿Adónde vamos?”, preguntó Gatti con asombro.

“Al lugar que vi en mi sueño”, dijo impaciente. “Está en esta colina, a sólo cuatrocientos metros de aquí. En las piedras de granito hay hermosas pinturas antiguas de bosquimanos. Vamos allá.

“¿Te sientes bien de la cabeza?” exclamó Gatti sorprendido. “Tú, que con incesante escepticismo nunca has creído en nada real, ahora de repente tomas tu sueño por real.

“Sí, es real”, aseguró el médico, “sé que suena extraño, pero lo que vi en mi sueño es real”.

El jefe del pueblo llegó por casualidad.

“Sabes”, dijo el médico, “se lo diré”.

“Oye, jefe de la aldea”, llamó, “¿puedes llevarnos a esas grandes piedras de granito, que están al otro lado de esta colina y en las que puedes encontrar fotos muy antiguas de gente cazando animales?”.



El jefe de la aldea se quedó con la boca abierta por la sorpresa. “Ningún Musungu sabe de esto”, dijo, y todos en la tribu evitan este lugar. Nuestros ancestros nos dijeron que los espíritus malignos residen allí, y ningún hombre blanco ha llegado tan lejos. ¿Cómo puede el hombre blanco hablar como si ya hubiera visto ese lugar? Y si lo ha hecho, ¿por qué me necesita como guía?”

Gatti apenas pudo ocultar su sorpresa ante la respuesta del jefe de la aldea. Qué extraña coincidencia. Rápidamente se recuperó y, para evitar que el médico confundiera aún más al jefe de la aldea, le dijo: “Sepa que el médico blanco nunca ha estado realmente aquí, pero los espíritus de sus antepasados le contaron todo esto en un sueño la pasada noche.

Esta explicación pareció tener mucho más sentido para el jefe de la aldea, que suspiró aliviado. “Si los antepasados de Musungu se han tomado tantas molestias para contarle todo esto”, continuó el jefe de la aldea, “entonces le protegerán cuando vaya a las grandes piedras”. Y pasó a dar la noticia a toda su tribu. El efecto fue inmediato. El asombro inicial se convirtió en alegría general. Tal vez los espíritus malignos que residen allí no son tan poderosos como los ancestros Musungu, supusieron. Y ahora todo el pueblo quería ir allí.

Antiguas pinturas rupestres

“Bien”, decidió Gatti, “vamos a verlo, cuatrocientos metros no están tan lejos. Y todos le siguieron. Y efectivamente, las piedras de granito eran exactamente como las había descrito el doctor, pero no había ninguna imagen en ellas. “Estoy seguro de que debe haber”, se lamentó el doctor, y con sus manos desnudas comenzó a quitar la hierba que cubría parcialmente las piedras. Al no aparecer ningún dibujo, incluso comenzó a retirar la tierra que cubría parcialmente las piedras. Y sí, en menos de diez minutos, salieron a la luz los primeros dibujos, y mientras seguía escarbando en las piedras, surgieron más. Un antílope con cuernos era claramente reconocible, al igual que un hombre que acababa de disparar una flecha con su arco. Eran sorprendentemente realistas.

“Eso es justo lo que vi en mi sueño”, dijo un médico demasiado entusiasmado. Y poco después encontró la imagen de otros siete antílopes y tres cazadores. También había una palmera representada, un árbol que se ha extinguido en esta zona desde hace miles de años. Gatti tomó fotografías de todos estos maravillosos dibujos.

En el sur de Rodesia (nota: ahora Zimbabue) este tipo de pinturas rupestres antiguas no son infrecuentes, pero en el norte el mundo exterior no sabía nada de su existencia y hasta ahora estas son las primeras y únicas pinturas rupestres que se han descubierto en el norte de Rodesia.

Al anochecer, cuando el entusiasmo por el descubrimiento se había apagado, Gatti y el médico comenzaron a sentir de nuevo el cansancio de los esfuerzos de los días anteriores. Skaimunga vino a decirle que ya era hora de que Gatti se fuera a la cama. La fiebre del pantano comenzó un nuevo ciclo ese día, el 14 de marzo. Gatti cayó en un sueño casi letal un poco más tarde.

El sol ya estaba alto en el cielo cuando, con cierta dificultad, volvió a abrir los ojos. Sabía que había estado delirando, pero había perdido la noción del tiempo. Vio a Skaimunga entrar en la tienda, dirigirse al calendario diario y arrancar una hoja. Gatti le había enseñado a hacerlo todos los días. Para su sorpresa, vio que el calendario marcaba el 19 de marzo. Trató de pensar: 19, 18, 17, 16, 15, 14... Así que habían pasado cinco años desde que Skaimunga había insistido en que se fuera a la cama.

“Skaimunga”, preguntó Gatti con voz debilitada, “¿dónde está el otro Musungu, el médico?”. “En su tienda”, respondió el chico. “Pero sigue tan enfermo que su mente no ha dejado de hablar por la boca. Los remeros también están muy enfermos”. Gatti comprendió que la fiebre del médico seguía siendo muy fuerte y se preguntó con agonía si sobrevivirían a todo esto y si el descubrimiento de unos petroglifos tan antiguos merecía la pena.

Bapuka habla.

Skaimunga se quedó mirando a Gatti, dudando, y de repente dijo: “Musungu, anoche tuve un sueño. A lo largo de nuestro viaje a Lealui, intenté desesperadamente escuchar esa voz lejana. Pero los oídos de mi mente no estaban lo suficientemente tranquilos. Había mucho trabajo, había demasiados enfermos de los que ocuparse, y esa voz lejana se debilitó tanto que ya no podía oírla. Pero ayer, a última hora de la tarde, cuando había un silencio especial en todo el campamento, volví a oír la voz de Bapuka. Antes de irme a dormir, pensé intensamente en ella, y mi más sincero deseo era que volvieras a estar bien. Y sí, poco después la oí muy claramente. Estaba hablando de ti y del otro Musungu. Dijo que para salvar tu vida y la del médico y tus remeros, debes venir conmigo, los dos, solos en una pequeña canoa, para un viaje de dos soles. Debemos irnos hoy.

A Gatti le costó un poco darse cuenta de lo que le había dicho Skaimunga. ¿Debería tomarse en serio esas palabras? ¿Debería realmente, en su miserable estado y al borde de la fiebre, sentarse en una canoa durante dos días, dejar solos a sus debilitados ayudantes por un mero sueño, y así embarcarse en un viaje hacia lo desconocido?

Cualquier persona en su sano juicio le diría que se trata de una empresa completamente idiota de la que casi seguro no volverá.

Por otro lado, ¿cuáles eran las opciones? Todos estaban enfermos y cada vez más débiles. Era imposible continuar el viaje. No fue cualquiera quien ideó lo que a primera vista parecía una historia tan idiota. Era Skaimunga. ¿Podrías ignorar su consejo? Aunque pareciera un último recurso desesperado, Gatti sintió que debía aceptarlo.

Le pareció lo mejor que podía hacer para salvar a su pueblo. Además, recordó su promesa al comisario provincial de no ir más allá de Semusha. Pero Skaimunga le dijo que podía irse sin faltar a su palabra. Los tambores que le habían despertado le habían dicho que el Hombre Blanco del Gobierno había muerto de fiebre del pantano en el pequeño hospital de Mongu la noche anterior.

A Gatti le costó mucho trabajo. El hombre le había advertido mucho sobre los muchos peligros. Por otro lado, se sintió liberado de su promesa, y la muerte del blanco también dejó claro el destino que probablemente correrían sus ayudantes si Gatti se resignaba a su condición y no hacía nada. De repente, vio toda la situación preparada, se levantó laboriosamente de la cama y comenzó a prepararse para el viaje.

No sé dónde ir, Musungu.

“¿Hacia dónde dijo Bapuka que debíamos navegar?”, preguntó Gatti a Skaimunga, “¿Y qué debemos hacer allí cuando apenas puedo mantenerme en pie?”. “No sé que Musungu” respondió Skaimunga. “Pero debemos ir en la dirección”. Y volvió a señalar el oeste.

“¿Es la historia más extraña que he escuchado!”, murmuró Gatti, “pero vayamos a las canoas”. “Todo está listo”, dijo Skaimunga, “por aquí, Musungu”. Cansado, Gatti se acercó al río, apoyado por su mejor chico.

La canoa era pequeña, pero había espacio suficiente para una de las sillas plegables de Gatti, que Skaimunga había asegurado a la embarcación con cuerdas. También había colocado una gran lona sobre la canoa para que pudieran protegerse de aquella desgraciada lluvia. La barca también estaba equipada con suficiente comida, y en el centro había un robusto cuenco de arcilla en el que Skaimunga había encendido un pequeño fuego para que los dos pudieran calentarse un poco.

Gatti se sentó en su silla y miró a su alrededor. “¿Dónde está tu lanza y dónde está mi pistola?”, preguntó. “Los que esperan la vida”, respondió Skaimunga, “no pueden llevar consigo las armas de la muerte al mismo tiempo”. Dio un empujón a la canoa y se metió con cuidado en ella. El barco se deslizó suavemente en el río.

Skaimunga remó todo el tiempo y el barco se deslizó suavemente hacia el agua. El monótono chapoteo de las gotas de lluvia sobre la vela, el cansancio extremo y el calor tranquilizador del fuego pronto sumieron a Gatti en un sueño profundo y tranquilo. Cuando volvió a abrir los ojos al día siguiente, ya era tarde. Había dejado de llover y el sol se asomaba suavemente entre las nubes de niebla como una bola todavía tenue. Musungu”, Skaimunga interrumpió el monótono remo “estamos cerca”.

“¿Cerca de qué?” preguntó Gatti

“Cerca de donde nos lleva Bapuka”.

Curioso por saber cómo Skaimunga podía estar tan seguro de su dirección, Gatti se preguntó. En varias ocasiones, el muchacho se vio obligado a desviarse de su rumbo para evitar cocodrilos o montones de ramas flotantes. El pantano, por cierto, estaba plagado de pequeñas islas flotantes que tenía que rodear cada vez.

“¡Mira Musungu!”, susurró. “Mira, allí, justo debajo del sol”.

Gatti vio algo parecido a una horizontal ondulada en la distancia, lo que aparentemente indicaba que debía haber tierra firme por allí.

El humo sale de muchas cabañas

“Humo”, dijo Skaimunga con entusiasmo. “El humo sale de muchas cabañas”.

Gatti no vio inmediatamente el humo, pero si realmente estaba allí, probablemente significaba que debía haber gente viviendo allí.

“Musungu”, continuó Skaimunga, “levanta las manos para mostrar que no estás armado”.

Gatti hizo lo que su hijo le pidió. Skaimunga hizo lo mismo. Ambos vieron el humo que salía de detrás de las cabañas. Pero aún no se veía nada de ningún habitante.

De repente, el compañero de Gatti gritó tan fuerte como pudo: “¡Soy Skaumungaaa! Estoy aquí con mi Musungu, como desea Bapuka”. Nadie respondió. Skaimunga remó un poco más, hasta llegar a un lugar donde había algunas canoas amarradas contra la orilla.

Entonces, de repente, sus gritos fueron respondidos: “Sólo los que hacen lo que se les dice pueden atracar aquí con seguridad”. Y allí, lentamente, se acercó un anciano alto. Algo solemne emanaba de él. En su cabeza llevaba una corona de plumas escarlata. Miró a los dos inquisitivamente. “Bienvenido, Musungu”, continuó. “Te esperaban”. Y lanzó una mirada reflexiva y ligeramente curiosa, pero tan entrañable, a Skaimunga.

“Este es Skaimunga”, comenzó Gatti cuando ambos habían bajado de la canoa. “Es un hombre muy bueno y un ayudante leal en el que no hay ninguna maldad oculta”. Con una cálida sonrisa, el hombre respondió: “Estoy plenamente convencido de ello. Y continuó: “De los súbditos de Bapuka, yo soy su más alto servidor”. Gatti llegó a la conclusión de que debía ser una especie de sacerdote principal o un poderoso mago. Ahora aparecieron otros aldeanos, hombres, mujeres y niños. Y curiosamente, algunas mujeres se habían pintado la cara de blanco.



“Sin saberlo”, continuó el hombre, “tú, hombre blanco, has curado las heridas de Bapuka”. Y aunque Gatti aún no le había hablado de su situación y la de sus compañeros enfermos, el hombre continuó: “Curaré tu enfermedad y la de tus compañeros de viaje. Tan pronto como hayas recuperado tus fuerzas, debes partir de nuevo para ayudarles. Porque los que han recibido el antídoto de Bapuka se curan después de la fiebre del pantano para siempre”.

Luego dio a tres de sus súbditos una orden que Gatti no entendió. Cuando los miró más de cerca, se dio cuenta de que tenían anillos en las orejas, casi como los que llevaba Skaimunga, sólo que eran mucho más grandes. Su peinado también era similar al de Skaimunga.

El mago pidió a Gatti y a Sakimunga que le siguieran y les condujo a la estrecha entrada de una cueva. Sus ojos tardaron en acostumbrarse a la oscuridad. Una luz tenue cayó a través de una pequeña abertura en la roca. Gatti y Skaimunga vieron ahora que estaban en un espacio circular de unos 15 metros de ancho y 15 metros de alto. En el centro había una estatua de hasta 3,5 metros de altura. También estaban los tres hombres a los que se les había asignado una misión. Avivaron un fuego que ardía suavemente justo delante de la estatua, que ahora estaba mucho mejor iluminada. Gatti y Skaimunga pudieron verlo en todo su esplendor: era una talla primitiva pero impresionante. En voz baja, con un nudo en la garganta, Skaimunga susurró: “Musungu, es Bapuka. Así es como los veía siempre en mis sueños”. Era como si quisiera decir algo más, pero no encontraba las palabras. Fue como si, en cuestión de segundos, viera pasar toda su difícil vida de joven y comprendiera que sus pruebas habían terminado por fin. Luchó contra las lágrimas durante un momento, se recuperó lentamente, respiró profundamente unas cuantas veces y siguió contemplando la imagen con un asombro indescriptible.

Gatti también estaba bastante emocionado. Apenas podía creer lo que veían sus ojos. Nunca había oído que los habitantes de esta parte de África adorasen a una diosa así y que pudieran representarla en una obra de arte tan grande y hermosa.

Fue el mago el primero en romper el silencio.

“Musungu”, comenzó con voz pesada, “han pasado diez lunas llenas tres veces desde el día en que los traficantes de esclavos árabes llegaron aquí con el viejo rey Barotse y afirmaron ser amigos nuestros. Pero sus corazones eran falsos, llenos de malicia y astucia. Vinieron a matar a nuestras mujeres, a secuestrar a nuestros niños y hombres y a venderlos como esclavos. Entonces juramos que mataremos a cualquiera que se atreva a acercarse de nuevo a nuestra aldea.

Bapuka también me envió sueños

Como por inspiración, Gatti se oyó decir de repente: “Juro que nunca traeré a otros aquí”. “Así es el deseo de Bapuka”, aceptó el mago. Y con una voz que delataba una profunda emoción, repitió: “Han pasado diez veces diez lunas. Ese es el tiempo que ha pasado desde que mi viejo padre fue asesinado por los falsos. Y cuando defendí a mi único hijo, casi me matan. Pero no lo consiguieron. Bapuka, la diosa del amor y la vida, me curó”. Se detuvo un momento. Las lágrimas rodaron por sus mejillas. “Y me prometió que mi único hijo, que había sido secuestrado junto con mi esposa herida, me sería devuelto algún día. Y Musungu,

Bapuka también me envió sueños. La noche anterior a este día, vi llegar a un joven negro desarmado. Musungu, Bapuka no puede equivocarse. Tú eres el hombre blanco. Todas sus bendiciones te protegerán, porque sin sospecharlo, has curado su herida, la mía y la de mi hijo, mira, has traído de vuelta a mi hijo perdido”. Esperó un poco y continuó: “Debo enseñarle los antiguos secretos, los poderes mágicos del culto a Bapuka, para que pueda servirla después de mi muerte. Como hizo mi padre. Y el padre de su padre. Y una larga, larga línea de nuestros ancestros antes de él”.

Luego agarró a su hijo con fuerza y continuó: “Ahora ya no es Skaimunga, sino que se llama Ingulu. Mira”. Y con una mano ligeramente temblorosa, señaló los tatuajes que se habían aplicado en el cuerpo de su hijo y los mismos tatuajes que también adornaban la estatua de madera de Bapuka. “Yo misma los apliqué en la piel de mi hijo cuando tenía seis meses”, dijo.

“Ingulu”, repitió Gatti en voz baja para sí mismo, en su idioma podría significar el que ha renacido. Menos mal que los miembros de su tribu llaman así a su hijo retornado. Pero le conozco como Skaimunga desde hace mucho tiempo y es ese nombre el que me trae tantos recuerdos. Para mí, sigue siendo Skaimunga.

Un montón de hojas secas de color verde claro

“Tres veces diez lunas o trescientas lunas le faltó a su hijo”, pensó Gatti, “Eso es hace unos 24 o 25 años juntos. En aquella época, a principios de siglo, Rodesia era todavía un país completamente salvaje en el que imperaba la ley de la selva y en el que todavía se comerciaba con esclavos como mercancía.

Un poco más tarde, algunos de los sirvientes del jefe llegaron con un cesto que contenía un montón de hojas secas de color verde claro, que se parecían un poco a la salvia pero tenían un olor fuerte y amargo, y se lo entregaron a Gatti. Entonces el jefe volvió a hablar: “Todos los días, al atardecer, tú y tus enfermos debéis masticar una hoja así, hacerlo muy despacio y masticarla hasta que apenas quede nada en la boca. Hazlo durante nueve días y luego continúa tu viaje. Estas hojas sólo crecen cerca de nuestro pueblo, por lo que son muy raras. No puedo darte más. En este caso, toda mujer embarazada debe tomar una cada día, no sólo hasta que nazca su hijo, sino también durante los siguientes nueve meses en los que esté amamantando. Entonces su hijo se fortalecerá para siempre contra la peligrosa fiebre del pantano”.

La noche se acercaba. Había empezado a llover de nuevo. El jefe le llevó a una gran cabaña vacía donde ardía un fuego y donde se había preparado una buena comida. Y después de la cena, no pasó mucho tiempo antes de que un sueño reparador y profundo se apoderara de Gatti. Cuando se despertó a la mañana siguiente, lo primero en lo que pensó fue en la medicina para la fiebre del pantano. Así que cogió una hoja de la cesta y empezó a masticarla lentamente. Más tarde, cuando lo terminó, le pareció que una fuerza perdida hacía tiempo volvía a su cuerpo, su mente se llenaba de pensamientos nuevos y claros, y su corazón se fortalecía con sentimientos de esperanza. Algo en lo más profundo de su ser le daba la certeza interior de que todo se curaría y que toda su expedición llegaría a buen puerto. ¿También él sentía ya las bendiciones de Bapuka?

Todavía hay palabras que decir.

Poco después, el jefe de la aldea apareció en la cabaña de Gatti. “El día no ha hecho más que empezar”, dijo en un tono digno, “pero antes de que partan hacia sus compañeros de viaje en Semusha hay palabras que aún deben decirse”.

“Mi hijo”, comenzó, “me ha abierto su corazón. También me habló de las miserias de su pasado. Sus sufrimientos fueron grandes y numerosos. Pero justo cuando estaba a punto de morir, lo salvaste. Cuando se sintió perdido, lo liberaste. Todo el tiempo que estuvo contigo, fuiste su padre amoroso. A partir de ahora, Bapuka será una madre amorosa para ti. Si las cadenas te atan, Bapuka te liberará. Si tu vida está en peligro, Bapuka te salvará”. Y con un gesto regio y tierno, ofreció a Gatti una pesada estatua de madera. Gatti lo miró, y lo volvió a mirar. Apenas podía creer lo que veían sus ojos. Era una réplica exacta, de 35 cm de altura, de la estatua de la diosa Bapuka que había visto en la cueva.

El jefe del pueblo esperó un momento. Luego continuó: “Esta es la única estatua de Bapuka que existe. Ella misma me ha ordenado que te lo entregue. Su bendición te acompañará siempre y en todas partes, al igual que todos los que te rodean con su amor”.

Gatti intentó darle las gracias, pero no pudo pronunciar una palabra. La emoción se había vuelto demasiado para él. Afortunadamente, el anciano comprendió enseguida que era la confusión de la inmensa gratitud lo que impedía a Gatti hablar. “Ahora ve con tus amigos enfermos”, concluyó, “te necesitan”, y se dirigió con paso firme en dirección al río.

Gatti aún no se había recuperado de su sorpresa. Haciendo caso al deseo del hombre, cogió su casco, la cesta de hojas y le siguió hasta la canoa. Allí encontró a Skaimunga preparando diligentemente el barco para partir. Ordenó a uno de sus hombres de la tribu que volviera a remar con Gatti. Él mismo se quedaría, como es lógico, con su padre. Otros dos miembros de su tribu le seguirían en una segunda canoa. Gatti sabía que el momento de la despedida sería difícil.

“Que la paz sea contigo para siempre”, dijo Gatti al jefe del pueblo. Este último asintió con aprecio y amabilidad. Luego miró a Skaimunga. Con lágrimas en los ojos, Gatti le tendió la mano. Sakimunga los agarró con las dos manos y los apretó firmemente contra su corazón. Ninguno de los dos pudo pronunciar una sola palabra. Durante un largo segundo -Gatti nunca olvidaría esa mirada- se miraron a los ojos. Entonces Gatti giró la cabeza y se subió a la canoa...

Sólo después de que el río llevara la barca unas decenas de metros río abajo, Gatti escuchó las últimas palabras de Skaimunga: “¡Musungu, que la paz y el amor de Bapuka te acompañen siempre!”. Apenas pudo reprimir sus emociones y casi lloró sus dos últimas palabras: “¡Para siempre!”. Gatti miró en su dirección todo el tiempo y asintió suavemente con la cabeza. Luego se llevó las dos palmas de las manos al corazón y las mantuvo allí. El caudaloso río aumentó rápidamente la distancia entre ellos. Siguieron mirándose, hasta que un recodo del río los apartó de los ojos del otro.

El viaje de vuelta fue tranquilo. Gatti distribuyó las hojas secas que había recibido del jefe de la aldea a sus compañeros de viaje enfermos. Todos se han recuperado. Pero también recibieron una dosis extra de energía que les permitió volver a trabajar en la investigación científica de la flora y la fauna locales. También progresó su descripción de las diferentes tribus de Semusha, Noyo y Lealui. También describieron el curso del río

Zambeze, en aquella época una zona prácticamente desconocida. Como prometió, nunca reveló el lugar en el que se alojaban los adoradores de Bapuka. Para Gatti, sin embargo, su papel estaba lejos de terminar.

¿Y después?

Gattit cuenta que en sus numerosos viajes por África se encontró con muchas situaciones de peligro para su vida, de las que siempre salió airoso. Se trasladó a Nueva York, donde conoció a Ellen en 1931, con la que se casó y que a partir de entonces le acompañó en todos sus viajes por África. Más tarde, cuando ambos se fueron a vivir a Lugano (Suiza), en el lago del mismo nombre, la estatua de madera de Bapuka -que adorna la portada de este texto- ocupó un lugar de honor en su salón, en un nicho especial, en medio de un armario donde se guardaban todos los libros que habían escrito sobre sus viajes, junto con sus traducciones. Para asegurarse de que la estatua no se cayera, Gatti la dotó de una pesada base de madera africana maciza.



<https://www.youtube.com/watch?v=bvPff7Zg9Lc>

Los años pasaron. Gatti dice que el matrimonio fue muy feliz. Unos treinta años después, Ellen enfermó gravemente. En su vejez había expresado más de una vez dos deseos. En primer lugar, no quería sobrevivir a Gatti, porque estaba convencida de que la vida sin él sería demasiado vacía. Y luego esperaba que, cuando llegara su hora, no tuviera que sufrir por mucho tiempo, para evitarle el tormento de tener que observar impotente.

A principios de septiembre de 1962, cinco minutos después de la medianoche, el coma de Ellen, que había durado treinta y seis horas, llegó a su fin. Gatti escribe: “Cuando el último aliento, como un suave suspiro, abandonó sus labios, me incliné y le di un último beso en la frente.

Justo en ese momento oyó el fuerte golpe de un objeto que caía. Se dio la vuelta y vio que la estatua de Bapuka se había caído y estaba tirada en pedazos en el suelo. Gatti nunca ha encontrado una explicación a esta extraña “coincidencia”. Concluye su libro preguntándose si acaso fue una última palabra de Bapuka para los dos.

Epílogo

Quienes -aún hoy- tienen una sólida comprensión de esa peculiar parte de la realidad, no califican este acontecimiento de casualidad en absoluto. Estas personas con mentalidad de mantis sostienen que el espíritu pagano de la naturaleza Bapuka ha invertido toda su fuerza en su papel protector hacia la tribu que la venera, pero también hacia Gatti y Ellen.

Las religiones no trinitarias, dicen, se caracterizan por una “armonía de contrarios” bastante insidiosa. Son los propios adeptos de esas religiones los que descubren que sus dioses no son fiables. Estos seres ungen a sus adoradores, pero también los hieren, según sus caprichos.

Por ejemplo, el dios supremo griego Zeus dicta las leyes a los griegos, pero engaña a su esposa Hera con mujeres mortales y viola a Leda, la esposa del príncipe espartano.

Espíritus de la naturaleza tan buenos como Bapuka -así lo explican los videntes cualificados- son las puntas éticamente buenas del iceberg de criaturas traicioneras que dominan el caos primigenio. Bapuka, con su papel protector, agota por completo su fuerza vital y, una vez despojada, cae en manos de demonios cínicamente poderosos.

Las criaturas como Bapuka sólo están, bíblicamente hablando, a salvo dentro de la protección de la Santísima Trinidad. Una vez fuera de este marco, agotan completamente su fuerza vital. Que, en la historia de Bapuka, se manifiesta en el derrumbe material de su estatua de madera. Hasta aquí este punto de vista.

Nuestra cultura desacralizada considera que estos relatos y los muchos otros testimonios de Gatti durante sus viajes por África, al sur del ecuador, son puras tonterías. Los numerosos libros que escribió, hace ya más de sesenta años, son difíciles de encontrar hoy en día. A veces todavía se encuentran, pero no en la sección de “religión” o “New Age”, sino en algún lugar entre la literatura infantil, junto a las historias de Winnetou y Eagle Eye.

